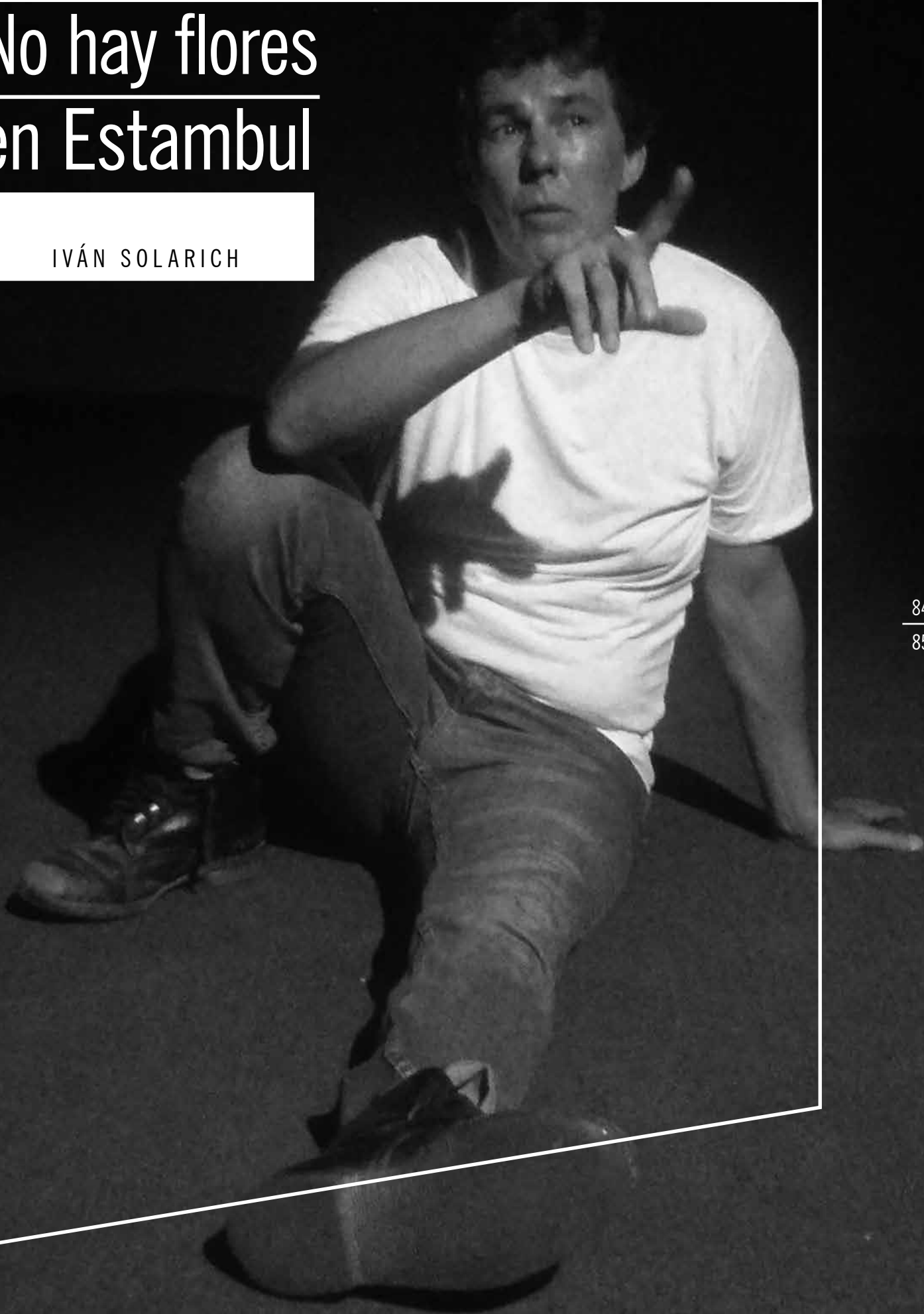


No hay flores en Estambul

IVÁN SOLARICH



Hay historias que merecen ser compartidas, las que describen paisajes: geográficos y personales. Por tanto, podríamos coincidir en señalar que toda historia que se precie de ser contada, reúne personas, lugares, y sobre todo circunstancias bien precisas.

Hace casi cuarenta años, una fría noche de 1978 concurrí al Cine Trocadero, en el centro de Montevideo. Creo que fui solo, quería presenciar el estreno de *Expreso de medianoche*. Tenía apenas dieciocho años..., les pido que por favor no saquen la cuenta. El protagonista de la película, Brad Davis, veintinueve, hasta ese momento un actor prácticamente desconocido, y Oliver Stone, su guionista, treintidós. Dirigía el afamado Alan Parker.

Recuerdo el impacto profundo que la película me dejó durante mucho tiempo, durante muchos años, tantos, que hoy... a casi cuatro décadas, nos encontramos reunidos conversando sobre ella, después de un intenso día y casi seguramente antes de ir a cenar.

Aquella noche, al sentarme en la butaca, percibo que están terminando los cortos, y es en ese instante, en ese preciso instante, que tomo conciencia que apenas habían bastado un par de meses en la Escuela de Teatro, para que dos de mis Maestros, Roberto Jones y Armando Halty –ambos imponentes actores–, comenzaran a dejarme sus huellas como en un viaje sin retorno.

Pero regreso al Trocadero, un cerrar y un abrir de ojos y el film comienza. Algunos minutos y... me encuentro en Turquía, en el aeropuerto de Estambul. Conmigo esta mi novia. Trámites de rutina y luego nos dirigimos a tomar el bus. Por la pista llegamos al avión que habrá de llevarnos a casa. En el breve trayecto, me llama la atención la cantidad de efectivos militares que rodean la aeronave. Aunque tampoco me resulta extraño. Uruguay es una enorme cárcel que lleva cinco años, y que tiene a mis padres detenidos y a mi hermano en el exilio. Descendemos del bus. Rápidamente se ordenan dos filas, una de hombres y otra de mujeres para una aparente revisión de rutina. Se abren carteras, mochilas, equipajes de mano. Quedo último, pero decido adelantarme. Antes, veo que Susan pasa primero y desde la escalera del avión me sonríe y guiña un ojo. Ella no sabe. Nunca lo supo.

Comienzo a sentir calor, mucho calor, transpiro, y empiezo a sacar mi ropa del bolso: sostengo en mi mano un par de *championes*, toallas y algunas remeras, como para adelantar o para guardar, ya no sé, porque estoy confundido y hago como que... muestro. Camino, y cuando voy a poner un pie en la escalera del avión, siento una mano en el hombro... y giro... ¡la droga pegada al cuerpo en pequeños paquetes! Nada que explicar, nada que decir. Ya nada tiene lógica ni sentido, nada... nada, ahora es la nada, el vacío de la nada.

Confieso qué al escribir, creí que este era un buen comienzo. Aunque en el proceso de los ensayos, intuía otro mejor. De todos modos, quiero en este momento pedirle perdón a Susan por la forma en que la dejé. Se marchó sola porque nunca pude subir al avión. Ella sabe que la amo se encuentre donde se encuentre, y que siempre la amaré.

¡Oliver Stone! Sobre todo él me buscó. Primero iba a ser Richard Gere el actor, y luego se pensó en John Travolta. Pero ambos ya eran famosos, y estimaron que alguien más novato, más *under*, con un perfil más bajo, sería mejor. Quizá intensidad por notoriedad. Ese era el canje, la jugada. Y por eso quiero comenzar por él, ahora. Porque fue Oliver Stone quien se mete en mi cabeza cuando me entero de su autocrítica hace algunos años. Es increíble, pero en nuestras vidas, lo que ocurre suele estar hilvanado por un plan extraño y perfecto. Aunque no parece. Admito que a veces la perfección se muestra incorrecta, o indeseable. Pero los acontecimientos transcurren bajo el sorprendente signo de lo inexorable, y solo la calidad de nuestras personales adaptaciones, hacen que nuestra peripecia logre ser valiosa o apenas mediocre. Todos lo sabemos.

¿Por qué hago esta referencia justo ahora? Es que treinta años después de estrenarse *Expreso de medianoche*, Oliver Stone fue invitado a una Conferencia en Estambul. Todavía temía alguna represalia. Pero fue, y sobre el final de su intervención, manifestó:

(*Oliver Stone.*) “Antes de abandonarlos por esta noche, deseo agradecer personalmente la generosa invitación. Quizá estimen que mis palabras lleguen tarde, aunque de corazón desearía que no fuera así.

“Debo pedirles una inmensa disculpa a todos ustedes, al pueblo de Turquía y a su Gobierno. Hace muchos años, utilicé mi pluma de guionista, para modificar aspectos contenidos en la biografía de William Hayes que en aquel momento me fue encomendada adaptar. Ustedes bien saben que me refiero a la película *Expreso de medianoche*. Por aquellos años la tensión política entre Washington y Estambul era inmensa. No voy a realizar aquí y ahora un encuadre político exhaustivo, solamente señalar que corría el año 70 y que basta recordar el inminente desastre de Vietnam, para concluir que el entonces presidente Richard Nixon no estaba para mimos. El cine, ustedes, lo saben, es una poderosa industria...”

¡La puta madre!, sentado en esa butaca, ¿entendés? ¡Dos horas emocionado estuve sentado en esa butaca creyendo que todo lo que vivencié esa noche en la película era cierto! ¿Nunca les pasó algo así? De creer...

“Queridos Padres, esta es la carta más difícil que he tenido que escribir. Tenía la esperanza de poder salir pronto de este lío para que no tuvieran que enterarse. Pero ahora eso es imposible. ¿Qué puedo hacer? ¿Ayuda en algo decir que lo lamento? ¿Aplaca el dolor o la vergüenza que están sintiendo? Perdónenme, por favor”.

Había sido atrapado in fraganti con dos kilos de hachís en el Aeropuerto de Estambul. Pero no era la primera vez, como se narró en la película. ¡Era la cuarta! Para no alistarme en el ejército había fingido problemas psicológicos. Por tanto, ser mula, no era un descuido de juventud. Se había transformado en una reiterada conducta de vida.

Si pienso en la película, apenas son doce las personas involucradas y solo cuatro los sitios. Sin embargo, la sensación es la de Facebook. Que nos quieren miles. Nos gusta pensar que estamos rodeados y contenidos en algo mucho más grande. Quizás sea esta la mejor expresión de nuestra contemporánea orfandad. Pero, a decir verdad, casi siempre nuestros momentos relevantes transcurren entre pocas personas. Por ejemplo, en este caso: mi novia Susan, mi padre, los que luego serán mis amigos al llegar a la cárcel: Max, Jimmy y el sueco Erik, el cónsul norteamericano Daniels, el director de la prisión Hamidou, y su alcahuete Rifky, el abogado Yesil, un juez y el fiscal. Las locaciones todas en Turquía: hotel, aeropuerto, la cárcel y algunas calles.

Ahora debo ser sincero, sería además fácil que ustedes lo pudieran comprobar. Horas después de ser detenido, quise fugarme apenas tomé contacto con un funcionario de la Embajada. Él se había mostrado afable, comprensivo y desde un principio trató de ayudarme. Entendía que si delataba a quienes habían suministrado la droga, todo sería más rápido y

sencillo frente a la justicia turca. Pero pretendí engañarlo a él y a unos custodios. El pacto era llevarme en auto a un bar en el centro para señalar al presunto contacto. En un descuido opté por escabullirme corriendo por un mercado. Quise ser más listo y terminé con una pistola en la sien. La del propio funcionario.

Al llegar a la cárcel lo primero fue la tortura. No puedo describirla, porque nadie puede describirla. No se puede comprender, porque nadie puede comprenderla. Solo la experiencia de la tortura en el propio cuerpo, es capaz de reunir al niño que nunca dejamos de ser, y al animal que toda la vida estaremos negando que somos. Una desesperada combinación que habilita el grito, el espanto y la sensación de que el aire habrá de faltarnos para siempre.

Pero ocurre que hay un resguardo. Aun el horror más tenebroso le hace un hueco a la bondad. Es así que rápidamente conozco a Erik y Jimmy, luego a Max. Qué curioso Max, con sus lentes y su gato junto a la droga que se inyecta son parte de un mismo ser, de un mismo objeto. No pueden pensarse por separado.

(Max.) Lo mejor, es que salgas pronto de aquí.

(Billy.) ¿Cómo?

(Max.) En el Expreso de Medianoche, hijo.

(Billy.) ¿Qué es eso, Max?

(Max.) Un tren local que unía Estambul con Edirne. Pero acá adentro es como llamamos a la fuga. Aunque existe un problema, un verdadero problema, y es... que el Expreso de Medianoche no tiene parada aquí.

“Querida Susan, 1970 se ha transformado en 1971. Aquí puedes desvanecerte sin saber que te has ido. Todo se borra de tal forma que ya no sabes dónde estás, ni dónde está nada. He descubierto que la soledad, es un dolor físico en todo el cuerpo, que se siente de los pies a la cabeza, y que no lo puedes aislar”.

Hoy podría cambiar las fechas y escribir... Querido Hijo, 2016 se ha transformado en 2017. He descubierto que la soledad, es un dolor físico en todo el cuerpo, que se siente de los pies a la cabeza, y que no lo puedes aislar. Quiero que sepas, que la única cárcel real en nuestras vidas se ubica en el preciso perímetro de nuestras decisiones. Es, aunque no lo creas, una extraña cárcel sin guardias ni vigilancia, sin perros ni alarmas. Y de ti depende, solamente de ti, que salgas o entres. Tú lo decides.

Camino por el patio, dolorido, trato de recuperarme de la golpiza. Jimmy y Erik me sostienen a ambos lados. En el patio hay mucha gente que juega, corre, apuesta y pelea. Sobre todo, pelea. Mucho polvo y mucho barro. Pregunto por qué hay pavos reales. Jimmy explica que aquí se usan como perros, porque chillan como locos al menor ruido. Y me señala a Rifky, el soplón “oficial”. Dice que vende hachís, frazadas y aspirinas, lo que necesitas. Que desde su puesto extorsiona y controla: todo y a todos.

Jimmy pregunta si estoy por hachís. Le digo que sí.

(Jimmy.) ¿Dónde te agarraron?

(Billy.) En el aeropuerto, camino a casa.

(Jimmy.) ¡Eso es malo!

(Billy.) ¿Tú crees?

(Jimmy.) Si, esto no es Estados Unidos. Es Turquía. Aquí ni por accidente puedes ser inocente. Aquí nadie es inocente.

(Aparte.) Jimmy es el del gorro, ¿se acuerdan? Ahora el que habla es Erik, el rubio, el sueco.

(Erik.) No le hagas mucho caso. Jimmy se refiere a cuando te agarran por contrabando. Y aunque en Turquía todo es posible, si te acusan de posesión no es tan grave, hasta puedes salir bajo fianza.

(Jimmy.) ¿Fianza?

(Erik.) Y si te dan fianza eres libre. Puedes conseguir un pasaporte falso, o escaparte a Grecia.

(Jimmy.) Sí, seguro. Sigue soñando a ver a donde llegas. Como Max, en su cabeza. Oye, americano, comerás muchos garbanzos antes de volver a probar una hamburguesa. Rompiste la ley y te atraparon.

(Erik.) A veces la ley se equivoca, Jimmy.

(Jimmy.) La ley nunca se equivoca, ¡imbécil! La ley es una mierda. (Sale.)

(Erik.) A veces la gente lo pone nervioso. Y no lo vas a creer, Jimmy está aquí por robar dos candelabros en una mezquita. El pobre tiene más huevos que sesos.

(Billy.) ¿Y tú?

(Erik.) Hachís. El noventa por ciento de los extranjeros está aquí por hachís.

(Billy.) ¿Y cuánto te dieron?

(Erik.) Doce años.

(Billy.) ¿Con cuánto te encontraron?

(Erik.) Cien gramos. Solo tienes que conseguir algo de dinero y un buen abogado. Habla con Max, el inglés. Lleva siete años aquí.

Apenas llegado a Estambul, mi padre me visita.

(Billy.) Papá, lo siento.

(Padre.) Olvidalo. Ya te daré unos buenos golpes. Ahora debemos sacarte de aquí. Este es un traje que compré en Estambul, para que des una buena impresión en la Corte. ¿Te encuentras bien?

(Billy.) Sí. ¿Y Mamá?

(Padre.) Tu madre... está mal. No pudo hacer el viaje, la conoces. Eres su hijo. Susan lo contó todo antes que llegara tu carta. Ella está bien. Tratando de conseguir el dinero para regresar.

(Billy.) No la dejes venir, Papá.

(Padre.) Ven, te presento a Stanley Daniels, el cónsul norteamericano.

(Daniels.) Encantado, Billy, queremos que sepas que haremos todo lo que esté a nuestro alcance para que salgas pronto. Créeme.

(Padre.) Y él es Necktit, el abogado que querías.

(Yesil.) Necktit Yesil. Sé cómo te sientes, Billy. Actuaremos inmediatamente. Tenemos la mejor corte y el mejor juez. Ya arreglé todo.

(Billy.) Sr. Yesil, entiendo qué si se consigue la fianza, es fácil salir por la frontera de Grecia.

(Padre.) Exacto, hijo, eso es lo que buscamos. El Sr. Daniels y yo estamos en contacto con el Departamento de Estado. En este momento las relaciones con los turcos no son muy buenas. Nixon está enojado con ellos. Por eso la mejor estrategia es actuar aquí mismo.

(Billy.) Padre, algún día te pagaré por esto. Lo prometo.

(Yesil.) Ahora el dinero no importa, Billy. No por ahora.

(Billy.) ¿En qué hotel estás?

(Padre.) En el Hilton.

(Billy.) Y, ¿te gusta Estambul?

(Padre.) Es interesante. Pero, a decir verdad, la comida es mala. Es basura lo que te dan en esos pequeños restaurantes. Así que no quiero correr más riesgos. Cenaré en el Hilton todas las noches: carne, papas a la francesa y ketchup. Mucho ketchup Billy, ¿por qué lo hiciste?

(Billy.) Dinero.

(Padre.) Yo sé que los jóvenes fuman esa cosa y nosotros bebemos, pero pasar por la frontera fue una estupidez, Billy, una tremenda estupidez.

(Billy.) Lo sé, papá. ¡Sácame de aquí!

(Padre.) Te lo prometo, Billy, aguanta un poco. Déjame hablar con Daniels y el Sr. Yesil. Vamos a sacarte de aquí. ¿De acuerdo?, ¿de acuerdo?

(Billy.) De acuerdo, papá.

Le pregunto al Sr. Yesil qué ha dicho el Fiscal. Me dice... “nada importante, tecnicismos. Hemos impresionado. Tú estuviste muy bien y al Juez le has gustado”.

Disculpen, continúa el juicio.

Al otro día mi padre vuelve a visitarme. Sabemos que ahora me esperan cuatro años y dos meses. Sin embargo, mi abogado lo considera una gran victoria. El fiscal pedía cadena perpetua. Mi padre ruega que me porte bien. Que hará todo lo posible junto a Daniels para lograr que me trasladen a una cárcel menos dura. Ingresó quinientos dólares para mis gastos y además me trajo un paquete con comestibles y cigarros. Confiesa que si pudiera ocuparía mi lugar a cambio de mi libertad. Al sacar las cosas del paquete, termina llorando de impotencia.

(Billy.) Te quiero, papá.

Nos apretamos las manos. Me llevan, y ante la aparición de Hamidou, escucho a mi padre decir...

(Padre.) Trate bien a mi hijo, me entiende. ¡O le partiré la cabeza, turco hijo de puta!

¿Es posible ser feliz? Es una pregunta que tiene que ver con esto y que no. Es... la eterna pregunta. No es original ni me pertenece. Vuelve siempre, sobre todo cuando el viento de nuestra vida sopla en contra. Cuestiona el sentido de la existencia y retorna porque quizá no nos conforma solo el poseer “momentos felices”. Ansiamos una felicidad plena, estable y duradera. ¿Conformarse, o pretender algo más? He ahí la pregunta. Suelo hacerla, porque vivo. En cambio, Brad Davis –el actor, el protagonista de la película–, no pudo. Y en parte me duele. Su maravillosa actuación fue curiosamente desconocida. Y aunque todo el tiempo digamos que no vivimos exclusivamente para otros, nuestra vida adquiere especial sentido en relación con el amor por otros, con el reconocimiento de los otros. Sin esos condimentos, nuestro tiempo se vuelve un breve pasaje a ningún lado. A Brad Davis dicen que lo mato el Sida y la droga. Quiero pensar que fue la falta de aprobación y su soledad. Y a los 41 años se fue, porque nunca pudo decir... “soy feliz”.

En el patio de la cárcel todo es violencia. Se pelea por cualquier cosa y está permitido apuñalar por debajo de la cintura: le llaman “venganza turca”.

La convivencia con Rifky es insoportable. Nos cobra por todo y lo que nos da es una mierda: el té, hachís; todo escaso y diluido. Max se lo recrimina y él se ríe. Le digo que, aunque tenga mucho dinero, no vale nada.

(Rifky.) No sabes nada, americano. Tenemos que vivir juntos y contentos. El perro se come al perro. Hay que pisar si no quieres que te pisen. Y, además ser el último en pisar.

Amanece. Maullido violento. Salimos del celdario. Max, el último. Ahí está su gato colgado de una lámpara. Max lo abraza y llora. A todos nos entristece. Rifky sonríe.

En el día tengo visita de mi abogado. Quiere más dinero para comprar funcionarios antes de que dicten nueva sentencia. Miro al techo. No puedo mirarlo. Me cuesta creerle. Prefiero la escena que sigue.

Es de noche y estamos en la celda con Max y Jimmy. Jimmy, entusiasmado, saca un mapa.

(Jimmy.) Observen el plano de la prisión. Un arquitecto alemán me hizo una copia mientras estuve en el hospital. Hay dos formas de salir de aquí. La primera es por el tejado, podría ser una persona o dos, pero es arriesgado. La otra es por debajo.

(Billy.) ¿Hacer un túnel?

(Jimmy.) Ya está construido. Es una estructura subterránea donde se guardaban armas. Debajo de ella, hay unas catacumbas que los cristianos hicieron hace dos mil años para enterrar a sus muertos. Aquí. Según el alemán, hay muchos huecos tapados que van a parar a las salidas de agua. Uno de ellos está junto a nuestra ducha. Dice qué saliendo por ahí, se puede llegar a las catacumbas.

(Max.) Debe estar muy cerca. Lo afirmo porque juraría que he escuchado a un par de cristianos cantando por ahí.

(Jimmy.) Eres un idiota, Max. Estoy preparando un plan de fuga y... los idiotas se pueden quedar si quieren.

Ahora estamos con Max en los pasillos altos observando el patio. Jimmy se acerca a paso veloz.

(Jimmy.) El alemán dijo la verdad, lo comprobé. Las paredes de la ducha no llevan hormigón, el cemento está blando por la humedad. Si lo tocas, se desase. Lo único que tenemos que hacer es rascar con el destornillador.

(Max.) Sí, y ¿qué hacemos cuando lleguemos a las catacumbas?

(Jimmy.) ¿Y qué quieres? ¿Una puerta? Tiene que haber algo.

(Max.) Has perdido la cabeza, Jimmy.

(Jimmy.) Tienen que salir a alguna parte de Estambul.

(Max.) Jimmy, te han clavado un cuchillo en el culo muchas veces. No encontraras ninguna catacumba y acabarás en el Pabellón 13.

(Jimmy.) ¡Ah...! Billy, ¿el túnel o el tejado? Tienes que acompañarme.

(Billy.) Jimmy, solo me quedan veinte meses. Si nos agarran, tendré para dos o tres años más.

(Jimmy.) Está bien, me voy solo por el tejado.

El teatro, como el cine, tienen esta posibilidad... maravillosa. Que todo ocurra ya. Las unidades tiempo y espacio se ordenan de acuerdo a nuestras necesidades. Por eso ahora solo se escuchan gritos. Gritos de Jimmy. De una habitación lo sacan ensangrentado. Lo agarraron en el intento. La silueta de Hamidou se recorta sola.

“Querida Susan, atraparon al pobre Jimmy. Le dieron tanto que le salió una hernia y perdió un testículo. Ha estado meses en la enfermería. En comparación, mis problemas parecen pequeños. Sin embargo, ya han pasado dos años y medio, y a su manera los turcos me han ido quitando la vida”.

Ahora todos somos putos, o al menos podríamos serlo. Pero en 1978, hubiera sido imposible convertir en héroe a un practicante homosexual.

Bajo una escena bellamente iluminada, Erik enjabona mi espalda y mi cabeza. Luego en soledad y casi desnudos, compartimos el saludo al sol. Transpiramos mucho: solo reina el vapor y las miradas. “Prisión, monasterio, claustro, cueva”. Me besa. Su mano avanza y la detengo, le digo que no. En la película le digo que no. Pero en la vida real, dije que sí. Erik era una bella persona y además me ayudó.

Pero Oliver Stone no podía, hubiera sido inadmisible. La película debía elevar bien alta la moral de las trece franjas y las cincuenta estrellas, la bandera que derrotada había huido de Vietnam.

Pero todo tiempo es relativo y la vida siguió su curso. Si fuera hoy la escena, casi seguro flamearía la bandera diversa y multicolor: la roja, naranja, amarilla, verde, azul y violeta. La bandera de la libertad. ¿Pero a quién culpar? Faltaban casi cuarenta años.

(*Oliver Stone.*) “El cine, ustedes lo saben, es una poderosa industria que entretiene contando historias, y además forma opinión. Casi todos solemos creer todo, especialmente cuando la película se inicia con la célebre leyenda... ‘basada en hechos reales’. Tomé un libro muy bien escrito por William Hayes, su joven protagonista, el cual narraba su odisea en Turquía. Pero no fui estrictamente fiel a la verdad. Hablé de un sistema carcelario que, si bien duro, exacerbé hasta lo dantesco, y describí una justicia totalmente corrupta, sin matices. Necesitaba contrastar, se me pedía. Necesitaba reivindicar a un muchacho que, habiendo cometido un error, era masacrado y ajusticiado por ser, simplemente ciudadano norteamericano”.

Erik se va. No quiero mirarlo. Me alegra y a la vez me entristece. Jimmy vuelve de la enfermería. Sigue pensando en escapar. El Cónsul viene a visitarme. Apenas me quedan 53 días. Pero su cara no trae buenos augurios. Me informa que tendré un nuevo juicio. El fiscal objetó la sentencia por “posesión”, y la Suprema Corte de Ankara avala que sea “contrabando”. Necesitan un chivo expiatorio, y veintiocho de los treinticinco jueces votan a favor de la cadena perpetua. Ahora la Corte de Estambul tiene que confirmar la sentencia. El mundo parece derrumbarse, y yo con él. Mi turno para hablar.

(Billy.) “¿Qué puedo decir? Cuando termine me sentenciarán nuevamente. Así que permítanme preguntarles, ¿Qué es un crimen?, ¿Qué es un castigo? Eso parece variar según los tiempos y según los lugares. Lo que hoy es legal, mañana no lo es, porque alguna sociedad dice que no lo es. Y lo que hasta ayer era ilegal, súbitamente se convierte en legal, porque todo el mundo lo hace, y no pueden poner a todo el mundo en la cárcel. No estoy diciendo que sea correcto o no. Solo digo que así es. Ya perdí tres años y medio de mi vida en vuestra prisión, y pienso que he pagado por mi error. Fui bueno. Y ahora estoy cansado de ser bueno, porque me hicieron creer que solo me quedaban 53 días. Pusieron 53 días frente a mi cara, y ahora me los quitan. ¡Y usted, señor fiscal! Quisiera que estuviera donde estoy yo ahora, porque conocería algo que no conoce. ¡La piedad! ¿Sabía usted que el valor de la justicia en una sociedad se mide en su capacidad para aplicar la piedad? Pero eso sería como pedirle a un oso que descargue su mierda en el retrete. Para ser un país de cerdos, es muy gracioso que no se los coman. Jesucristo perdonó a sus verdugos, pero yo no puedo. Los odio. Los odio a todos ustedes. ¡Odio a su nación, y odio a su gente! Y maldigo a sus hijos y a sus hijas porque también son cerdos. ¡Usted es un cerdo! ¡Todos son cerdos!”.

Me dan treinta años. Solo queda volver al plan: tomarse el Expreso de Medianoche. Nos guiamos por el mapa de Jimmy. Esperamos la noche. Mientras Rifky duerme, Max lo vigila. Pero es muy tarde. Decidimos preparar mejor nuestra huida.

Volvió la noche. Llegó la hora. Sacamos los dos bloques y bajamos por una alcantarilla. Abajo un largo túnel. Nos desplazamos con el agua hasta la rodilla. La luz de la linterna, indica que es un laberinto, pero sin salida. Son las seis y media. Casi amanece. Debemos regresar y por la noche volver a intentar.

Ahora tengo dos minutos para hablar de Rifky
Porque no hubo otro intento y la fuga se fuga
El soplón descubre el hueco
La arcilla mojada denuncia su huella
Entran los guardias y Hamidou
A Jimmy lo acusan lo arrastran lo llevan
A Rifky agradecen servicios prestados
Se marchan los guardias y Hamidou
Max indignado amenaza a Rifky
Le quiere cortar su garganta
Sí quieres dañarlo le digo entonces roba su dinero
Max sabe que esconde la plata en su radio y por eso nunca la escucha
Que a la noche el dinero lo cuenta lo mira y que habla con él
Max delira y se ríe delira y se ríe delira y le digo que no desespere
Rifky despierta y no encuentra su ahorro
No sabe que se robó se quemó y se ocultó
Se ocultó se quemó y se robó
Claro que fuimos que fuimos nosotros
Otra vez llegan los guardias y Hamidou

Rifky miente y acusa a Max de venderle hachís
Hamidou tritura sus lentes y ordena llevarlo y golpearlo
Se llevan a Max lo llevan a Max y yo apenas puedo gritar
¡Rifky! ¡Rifky!
Corriendo se marchan los guardias y Hamidou
Las puertas me cierran decido matarlo
De vivir o morir la partida se trata
Saca su puñal y el brazo me lastima
Destrozo piletas y caños el agua denuncia que la vida se va
Todos contemplan golpear su cabeza contra el escalón
Lo mato lo mato
Arranco su lengua la escupo
¡Rifky! ¡Rifky!

¿Quién puede controlar lo incontrolable? ¿Cómo ser racional cuando la rabia explota y lo más humano es tu propio animal desnudo? No hay pienso, equilibrio, medida. Matar pareciera inevitable consigna. Si la justicia no llega, ¿quién ocupa el lugar de ella? No me reconozco con sangre en las manos. Pero tampoco acepto que la maldad no incluya un punto final.
¡Rifky! ¡Rifky!

Me llevan al 13. El Pabellón 13 es literalmente un infierno: asesinos, violadores y locos de remate. Telas raídas que cuelgan como telarañas. Por el suelo, personas que ya no lo son. Camas mugrientas, demencia y promiscuidad. El resto: golpes, pastillas y gritos; golpes, pastillas y gritos.

(Ahmet.) Perdone amigo mío, pero me interesa hablar con usted. Es americano, ¿verdad? Ah... sí, América. Mi nombre es Ahmet. Estudié filosofía en Harvard durante muchos años, aunque Oxford es mi verdadera alma mater. También estudié en Viena, y ahora estudio aquí. Dicen que violé a un niño. He estado en este lugar por mucho tiempo y nunca me dejarán ir. A usted tampoco lo dejarán. Le dicen que lo harán, pero no es verdad, nunca saldrá de aquí. Todos venimos de una fábrica. A veces las fábricas hacen máquinas defectuosas que no funcionan, y entonces las ponen aquí. Las máquinas malas no saben que son malas, pero la gente de la fábrica sí lo sabe. Ellos saben que usted es una máquina defectuosa. Bien, creo que ya hemos hablado suficiente por hoy. Le deseo buenas noches.

Me sacan a un patio abierto y me llevan al locutorio. Ingreso y me dejan solo. Tengo visita. Entra Susan. Un vidrio como alambrada. Un océano que nos separa.

(Susan.) ¡Billy! ¿Qué te han hecho?

(Billy.) Te amo.

(Susan.) Billy, tu familia está bien. El Senador Buckley habló en el Senado a tu favor. Dicen que eres una víctima en el juego entre Nixon y los turcos. Están llegando miles de cartas. A la gente le importas mucho.

(Billy.) Quítate el vestido.

(Susan.) ¿Qué?

(Billy.) Quítatelo.

(Susan.) Te estás haciendo daño...

(Billy.) ¡Quítatelo!

(Susan.) Quisiera que las cosas mejoren para ti.

(Billy.) ¡Te amo!

(Susan.) Billy. Tu padre me dio este álbum para ti. Son fotos de tu madre y tu padre, y atrás, hay una foto de tu viejo amigo, el Señor Franklin. ¿Lo recuerdas? El del banco. Compró un pasaje y ahora está en Grecia. Haré que te lo entreguen. No cuentes con ellos, Billy. No cuentes con nadie más que contigo. Se acaba el tiempo, Billy. Si te quedas aquí, morirás. ¡Tienes que recuperarte, Billy! ¡Billy, tienes que salir! ¡Tienes que salir!

(Ahmet.) Buenos días, mi amigo americano. Le pasará algo muy malo si camina al revés en ese sentido. Un buen turco siempre va hacia la derecha. La izquierda es comunista. La derecha es buena. Vamos. Tiene que ir hacia el otro lado. ¿Adónde va? ¿Porque no camina con nosotros? ¿Qué sucede, amigo americano? ¿Está molesto? La máquina mala no sabe que es mala. Usted todavía no lo cree. Todavía no cree que sea una mala máquina. Lleva tiempo. Lo entiendo, amigo. Conocerse a sí mismo es también conocer a Dios. La fábrica si lo sabe, y por eso lo puso aquí. Ya lo sabrá. A su tiempo lo sabrá.

(Billy.) Ya lo sé. Lo supe siempre. Sé que usted es una mala máquina. Por eso la fábrica lo mantiene aquí. ¿Y sabe cómo lo sé? Porque pertenezco a la fábrica. Yo hago las máquinas. Rompo la contratapa del álbum y encuentro los mil dólares que escondió mi padre. Guardo novecientos en una bota y me quedo con cien en la mano. Encuentro a Max y me despido. Le pido que por favor aguante. Creo que no me escucha. Lo beso en la frente. Pregunto por Hamidou, lo encuentro y le doy el dinero para que me lleve a la enfermería. Me dice que sí y me agarra. Me engaña.

No me lleva a la enfermería. Me saca por el pasillo exterior –ese que parece un largo puente colgante–, y me lleva a una habitación solitaria para golpearme y violarme.

Esta escena nunca ocurrió, como tantas otras. Nunca maté a Hamidou. Estoy a punto de fugarme, pero no de esta forma. Lo hice desde una isla situada a veintisiete kilómetros de Estambul llamada Imrali, especie de Alcatraz turca. Esto que vemos ni siquiera es una cárcel. Es el viejo fuerte de San Elmo utilizado como set. Tampoco es Turquía, pues la película se grabó en Malta.

De aquel joven William Hayes que escribió su propia peripecia, sabemos poco y nada, salvo que vive. Del actor Brad Davis, que fue olvidado. El guionista Oliver Stone, a punto de terminar su Conferencia. Y yo, que apenas con dieciocho años estrené la película como espectador, y ahora con 57 la actúo... tratando de entender porque la ficción juega endiabladamente a ser, tantas veces, más real que la realidad. ¿Cuántas cortinas de humo permitimos que velen nuestra mirada día a día, sin siquiera analizar intenciones e intereses? ¿Cuántas verdades a medias repite nuestra tonta lengua, sin entender que no somos dueños de nada, salvo de nuestra propia vida? Y que el sentido de nuestra existencia, nada tiene que ver con someter a otros seres humanos o intentar dominar la naturaleza. Sería bueno que alguna vez hagamos el esfuerzo por ser sensatos, sencillamente honestos, y saquemos nuestras propias conclusiones.

Ahora me disculpan, llega el final, y Oliver Stone culmina su Conferencia.

(Oliver Stone.) “Debía construir un alegato contundente. Darle forma al guion y ser efectista. Y lo fui. Ayudé ‘artísticamente’ a perjudicar notoriamente la imagen de Turquía durante muchos años, pues la película tuvo enorme resonancia internacional al recibir seis nominaciones y ganar dos Premios Oscar, de los cuales uno fue para mí. Y, además, recuerdo que en aquel momento dije en una entrevista, algo que ahora a la distancia me resulta imperdonable, francamente imperdonable, dije: ‘¡que no había flores en Estambul!’.

“Ayer por la mañana, recorrí vuestra ciudad y me encontré con un hermoso jardín florido. ‘Perla azul’, ‘Luz del amanecer’ o ‘Gota de rubí’, son solo algunas de las más de doscientas especies de tulipanes que inundan calles y parques... y que vosotros cultiváis desde hace cinco siglos, o más.

“Nunca podré enmendar mi falta. Es innegable que hay daños irreparables. Pero al menos me sentiré mejor, si este *Expreso de medianoche* nos ayuda a no seguir recreando la peor de las cárceles que el ser humano puede habitar: la cárcel de la propia deshonestidad; la cárcel del oportunismo que supone poner un precio para ser funcionales a otros intereses; o la miserable prisión de justificarnos, esgrimiendo el más banal de los argumentos, ‘si yo no lo hago, seguramente otro lo hará’.

“Prometo regresar a Estambul en primavera, y la próxima vez, no tener que pedir perdón. Gracias por su tiempo. Buenas noches”.

(Texto sobre impreso sobre las imágenes finales de la película:)

Las palabras de Oliver Stone existieron, pero no fueron estas.

Volvió a Turquía y pidió disculpas, pero jamás quedó registro alguno de su conferencia.

Lo que acaban de escuchar, es la libre interpretación del autor y actor Ivan Solarich, sobre lo que el afamado director pudo haber manifestado en aquella oportunidad.

Cualquier semejanza con la realidad, es pura coincidencia. 🎬